

LACONICO SOTA

PUBLICADO EN

Alberto Campo Baeza, Ed. Lettera Ventidue, Siracusa, 2017

Alejandro de la Sota. Frammenti di città. Claudia Pirina. Collana Moderni Maestri,
CLEAN Edizioni, Nápoles, septiembre 2018

Si hubiera que poner un adjetivo a la arquitectura sublime de Alejandro de la Sota, le cuadraría muy bien hablar de una arquitectura esencial, despojada, sobria, casi monacal, lacónica. Porque así, lacónicos, eran él y su arquitectura.

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua nos dice que la noción de lacónico está vinculada a algo conciso o breve. Alguien lacónico, por lo tanto, escribe o habla de esa manera. Se dice que los educadores espartanos exigían a los estudiantes que hablaran poco. Lo lacónico se asocia a la expresión concisa que sólo usa las palabras justas.

Precisamente, tomando como punto de partida esa brevedad y concisión en el lenguaje, tendríamos que subrayar que no hay muchos arquitectos que sean así, lacónicos. Lacónico era Hans van der Laan, el monje arquitecto belga, y también Adolf Loos e incluso Terragni, por la sobriedad de sus arquitecturas.

Se decía, así se lo oí yo decir cuando era alumno suyo en 1967, que Sota todas las mañanas, nada más levantarse, tocaba varias sonatas de Bach, que no era una mala manera de comenzar el día.

Pues, aunque he escrito mucho, y muy preciso, sobre el que fue mi primer maestro en la Escuela de Arquitectura de Madrid, vuelvo ahora a hacerlo para este libro. Asisto asombrado a cómo tantos, todos, ahora dicen que han sido alumnos o discípulos suyos.

En aquel lejano y fascinante curso de 1966-67 en la Escuela T.S. de Arquitectura de Madrid, hace ya 50 años, estábamos en la misma clase, como alumnos, un grupo de amigos entre los que se encontraban Gabriel Ruiz Cabrero, hoy catedrático de Proyectos de la ETSAM, y su socio Enrique Perea Caveda. Y Carlos Puente que llegaría a trabajar en el Estudio de Sota. Rafael Payá Vicens y Luis Vergara. Y Chiqui Otamendi y Luis Rodríguez Cueto. Y Carmen Bravo, Isabel García Elorza, Aurora Regúlez, Rita Iranzo y Ana Iglesias, las chicas. Y también estaban en ese curso dos cineastas insignes, Fernando Colomo y Juan Sebastián Bollaín. Todos fuimos alumnos de Sota.

Sota nos fascinó inmediatamente. Sonriente, pequeñito, impecable, gallego, hablaba con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, como un druida de la arquitectura. Y todo lo que decía se nos quedaba bien grabado en el alma. Tengo guardados como preciosos documentos, los textos que nos pedía a los alumnos y que yo le escribía con una pluma estilográfica Sheaffer gruesa que más que con tinta parecía estar cargada con sangre, tan venales, tan apasionados, tan personales eran los comentarios allí vertidos.

Recuerdo que Sota, tras varias clases introductorias, que más que introductorias eran iniciáticas, nos puso como ejercicio un Restaurante en la Bahía de Santander. A esas alturas algunos ya estábamos abducidos por aquel personaje inusitado. Casi todos los alumnos hicieron, a media ladera, edificios como wrightianos, con grandes voladizos y

cubiertas de tejas. Sólo algunos nos escapamos del cliché. Yo proyecté una caja de vidrio con ruedas que se deslizaba por la Bahía bajo el agua de manera impensable. En mi retina y en mi memoria, un muy difundido anuncio del Climalit de Cristalera Española que Sota nos mostraba como ejemplo máximo de aquella arquitectura esencial que él nos predicaba. Sota valoró aquello superlativamente y mi vanidad quedó bien colmada.

He escrito y publicado varios textos sobre el maestro, cuando y donde nadie hablaba de Sota, que han sido ignorados convenientemente por los que ahora son hagiógrafos y cancerberos oficiales de Sota, que se creen en la posesión exclusiva del maestro. En todos estos textos he tratado siempre plasmar de manera clara ese carácter lacónico de la arquitectura y de la persona de Alejandro de la Sota.